

mente expresado en unos clásicos y límpidos tercetos del poema *Revelación*:

Y con la voz de quien suspira y ama,
clamé: «¿Dónde está el dios que hace del lodo
con el hendido pie brotar el trigo
que á la tribu ideal salva en su exodo?»
Y oí dentro de mí: «Yo estoy contigo
y estoy en ti y por ti: yo soy el Todo.»

¡Hermoso credo de fe pantéfica que no acepto en su fondo, pero que aplaudo en su expresión! ¡Digno remate de una poesía que empieza con esta sobriedad y nitidez clásicas, más frecuentes de lo que se cree en la obra de Rubén Darío!

En el acantilado de una roca
que se alza sobre el mar, yo lancé un grito
que de viento y de sal llenó mi boca:

Á la visión azul de lo infinito,
al poniente magnífico y sangriento,
al rojo sol todo milagro y mito.

Y sentí que sorbía en sal y viento
como una comunión de comuniones
que en mí hería sentido y pensamiento.

Vidas de palpitantes corazones,
luz que ciencia concreta en sus entrañas,
y prodigios de las constelaciones.

Y oí la voz del dios de las montañas
que anunciaba su vuelta en el concierto
maravilloso de sus siete cañas.

Y clamé y dije mi palabra: «¡Es cierto,
el gran dios de la fuerza y de la vida,
Pan, el gran Pan de lo inmortal no ha muerto!» (1).

(1) *El Canto errante*, págs. 37 y 38.

Mas luego resurge el poeta europeo, el poeta del siglo xx, el poeta que ha leído á Schopenhauer y que expresa su desconfianza de los hombres en este filosófico cuarteto:

Cuidadoso estoy siempre ante el Ibis de Ovidio,
enigma humano tan ponzoñoso y suave,
que casi no pretende su condición de ave
cuando se ha conquistado sus terrores de ofidio (1).

*
*
*

El poeta de lo sensual y de lo físico también filosofa á ratos, como un Roberto Browning ó un Sully Prudhomme (2). *Filosofo* se titula una poesía de *Cantos de vida y esperanza*:

Saluda al sol, araña, no seas rencorosa.
Da tus gracias á Dios, ¡oh sapo!, pues que eres.
El peludo cangrejo tiene espinas de rosa
y los moluscos reminiscencias de mujeres.
Sabed ser lo que sois, enigmas siendo formas;
deja la responsabilidad á la Normas,
que á su vez la enviarán al Todopoderoso...
(Toca, grillo, á la luz de la luna y dance el oso) (3).

(1) *Cantos de vida y esperanza*, pág. 155.

(2) Puede decirse de él, no obstante, lo que Lemaitre dijo de Baudelaire: «No hubo jamás cabeza menos filosófica.» Rubén Darío es, ante todo, un alma de artista; es decir, primeramente un visual; y luego

sentimental, sensible, sensitiva...

(3) *Cantos de vida y esperanza*, pág. 101. — Observad que en estos cuartetos filosóficos, tan lapidarios, se prodiga la innovación más alarmante para los clásicos: la supresión total, la anulación de la pausa hemistíquica, que hace del verso un ser orgánico y vertebrado,

Rubén Darío filosofa; pero no á la manera un poco prosaica, ramplona, y ¿por qué no decirlo?, indigesta de que abusó Campoamor en sus últimos tiempos. No deja transparentar en sus estrofas la erudición filosófico-alcanesca que pueda tener (aunque ha acumulado también conocimientos de los filósofos antiguos), y cumple la ley que antes formulé, prescrita por todos los críticos: que la ciencia del poeta se encubra y no aparezca á la superficie, aunque yazga en las entrañas. Sólo en una ocasión se hace demasiado visible su lectura de los volúmenes de la *Biblioteca de Filosofía contemporánea*; y es cuando habla de la cerebración inconsciente (1); la *inconscious cerebration* del fisiólogo inglés Carpen-

no un animalucho raquítico á quien se le parte la espina dorsal por la mitad. Será aberración acústica quizás; pero en ciertos momentos yo encuentro más armoniosas estas dos estrofas:

... y los moluscos reminiscencias de mujeres...
... deja la responsabilidad á las Normas...

que las dos que les anteceden respectivamente:

El peludo cangrejo tiene espinas de rosa...
... Sabed ser lo que sois, enigmas siendo formas...

Rujan los preceptistas mal avenidos con el modernismo; las primeras estrofas me parecen *vertebradas* y las segundas *invertebradas*.

(1) En el maravilloso soneto autumnal al marqués de Bradomín, donde detona ese tecnicismo barato, mal engarzado:

Me quedé pensativo ante un mármol desnudo,
cuando vi una paloma que pasó de repente,
y por caso de cerebración inconsciente,
pensé en tí. Toda exégesis en este caso eludo.

En general, todo el soneto es una de las composiciones elaboradas por Rubén Darío *ex professo* para epatar al burgués:

Versalles otoñal; una paloma; un lindo mármol; un vulgo errante municipal y espeso;
anteriores lecturas de tus sutiles prosas;

ter, la *modificación mental latente* del filósofo Hamilton y la *idea obscura ó percepción sin apercepción* de Leibnitz y de nuestro Balmes.

Salvo este pedantismo, y como éste alguno más, disculpable en poeta que ha tomado á pecho su papel de revolucionario, tanto en la expresión como en el ritmo, y que se propone decididamente y á toda costa inculcar en los cerebros nuevos nuevas modalidades líricas, salvo algún que otro defecto de este calibre, que se explica por el afán un poco desmedido de *epatar* al burgués (1), muy corriente en los primeros períodos de una innovación, y, sobre todo, muy propio de escuela literaria; en general, la poesía de Rubén Darío ha sido siempre universal y humana.

«No gusto de *moldes* nuevos ni viejos — nos dice el poeta en sus bellas *Dilucidaciones* —. Mi verso ha nacido siempre con su cuerpo y su alma, y no le he aplicado ninguna clase de ortopedia. He, sí, cantado aires antiguos, y he querido ir hacia el porvenir, siempre bajo el divino imperio de la música: música de las ideas, música del verbo» (2). Si á veces se ha apartado del sendero trillado y ha seguido los caminos de lo raro, fué porque maestros nuevos le han adoc-trinado. «Cuando el genio de estirpe me llama — escribe

la reciente impresión de tus estrofas... Prescindo de más detalles para explicarte por eso cómo, autumnal, te envío este ramo de rosas.

(*Cantos de vida y esperanza*, pág. 147.)

Todos estos prosaismos son naturalmente *voulus*.

(1) Aunque él protesté de esta hipótesis. «Jamás me he propuesto — dice en *Dilucidaciones* — ni asombrar al burgués, ni martirizar mi pensamiento en potros de palabras.» (*El Canto errante; Dilucidaciones*, IV, pág. XIX.)

(2) *El Canto errante*, XIX.

Emerson—, yo me olvido de todo: padres, hermanos, amigos, y escribo sobre mi puerta la palabra *raro*; yo sé bien que aquello me obliga á aislarme; vale más que una rareza, pero no se puede perder el tiempo en explicaciones.»

¿No ha de ser poeta humano el que ha tejido la dulce fantasía de resumir todas las musas *en la musa de carne y hueso*? Concepción que no se ocurre á las mentes de un poeta amojamado, yerto, académico y fósil, que quiere rendir homenaje á las no menos fósiles Erato, Polymnia, Urania y sus prehistóricas compañeras, más viejas ya que las pirámides, desgajadas como institutrices inglesas y fastidiosas como feministas averiadas. Á estas cuasi-contemporáneas del ictiosauro, de las que yo siempre he renegado — porque además son meretrices de la peor laya —, Rubén Darío ha soñado en sustituirlas con la admirable musa de carne y hueso, la gentil compañera que comparte nuestras caricias y nuestros ensueños. Sólo un poeta muy humano ha podido alimentar esta hermosa fantasía, que derrueca de una vez falsos ídolos:

Clío está en esta frente hecha de aurora,
Euterpe canta en esta lengua fina,
Tallá ríe en la boca divina,
Melpómene es ese gesto que implora;
en estos pies Terpsícore se adora;
cuello inclinado es de Erato embeleso;
Polymnia intenta á Calíope proceso
por esos ojos en que Amor se quema;
Urania rige todo ese sistema.
¡La mejor musa es la de carne y hueso! (1)

Poeta universal, de vasto aliento épico, de robusta mentalidad europea, aunque fundamentalmente americano en

(1) *El Canto errante*, págs. 152 y 153.

las raíces íntimas, es el que ha sabido encontrar una fórmula lírica para la unión de ambos continentes en la victoria futura de la Justicia, de la Verdad y del Bien; en suma, de los factores que constituyen el progreso humano... Poeta mundial es el que ha cantado:

¡Descansa en paz...; mas no, no descanses. Prosiga tu alma su obra de luz desde la eternidad, y guíe á nuestros pueblos tu inspiración, amiga de lo bello, lo justo, del Bien y la Verdad.

Tu presencia abolida, que crezca tu memoria; alce tu monumento su augusta majestad; y que tu obra, tu nombre, tu prestigio, tu gloria, sean como la América para la humanidad (1).

VIII. — Últimas consideraciones.

Aunque alguno haya juzgado desmedidos mis elogios al poeta y mis aplausos incondicionales á la innovación realizada, no quiero que se me tenga en el predicamento de un adulador vulgar, de aquellos necios para quienes se ha hecho el adagio: *Si dixeris astuo, sudat*. He alabado siempre *secundum quid, sub conditione*. Soy demasiado independiente para

(1) *Oda á Mitre*, X.—Poeta ampliamente filosófico, que ha resumido su optimismo de *Prosas profanas*, su pesimismo de *Cantos de vida y esperanza* y su panteísmo de *El Canto errante* en una superior armonía *real-ideal*, donde Omar Kayham y el Ecclesiastes se completan, es decir, el epicureísmo más desenfrenado y el pesimismo más austero, ha logrado serlo Rubén Darío en su poema *Filosofía otoñal*, no comprendido en esta colección de *Obras escogidas*, que servirá de *intermezzo* á su libro próximo á publicarse *El viaje á Nicaragua*, y que yo conozco por haber aparecido poco ha en algunas revistas de Sud-América.

afiliarme á ninguna escuela. No frecuento círculos literarios; nadie me ha atraído aún entre sus lebreles favoritos. Vivo una vida la más iliteraria posible, precisamente por eso, para evitar el contagio de sectarismo.

Desdeño de antemano el juicio que pueda merecer á ciertos literatuelos de similor, bohemios por fuerza, sin talento y sin cultura, que cifran toda su gloria en hacer su lengua cada día más viperina. Deseo más granjearme la estimación de los humanistas doctos, de los catedráticos educados con vistas á Europa, de los *dilettanti* entusiastas, que juzgan con más independencia y casi siempre con más acierto que los profesionales. Mi ideal sería agrandar á un escogido grupo de intelectuales por afición más que por profesión.

No vacilo, pues, en repetir ante ellos las afirmaciones que hice en el curso de este estudio sobre la personalidad y la obra de Rubén Darío. Sostengo que ha introducido un acento nuevo en la lírica española, y que le somos deudores de magnas fiestas espirituales.

Su cualidad *quidditativa*, vuelvo á repetirlo, es la delicadeza. Es el talento limado y pulido, sin ninguna aspereza nativa, sin pelo de la dehesa. Mas esto no quiere decir que sea el poeta de un solo tema; por ejemplo, de la exquisitez, cantor del lujo del espíritu y de la materia. Ha pulsado toda la lira septicorde; porque sabe muy bien que, como ha dicho Horacio, resulta ridículo el que siempre toca la misma cuerda:

Ridetur chorda qui semper aberrat eadem...

El talento de Rubén Darío está un poco empequeñecido por esa misma delicadeza innata, puede replicarse; no negaré que en sus primeros tiempos Rubén Darío parecía predestinado á ser siempre únicamente la medianía dorada de las letras. Luego hemos visto refulgir en él destellos indu-

bitables de genio. Ensueños de vidas anteriores, reminiscencias de civilizaciones pasadas, visiones de épocas futuras, sensibilidad hiperestésica: todo esto que compone á un gran poeta, Rubén Darío lo lleva dentro de sí.

Si el genio está caracterizado, según Guyau, «ya por el desarrollo extraordinariamente intenso y extraordinariamente armonioso de todas las facultades, ya por el desarrollo extraordinariamente intenso de una facultad especial; finalmente, bien por una armonía extraordinaria entre facultades suficientemente intenso; en una palabra: el genio completo, es potencia y armonía; el genio parcial, ó potencia ó armonía» (*L'Art au point de vue sociologique*, pág. 30); bien podemos afirmar, sin temor á ser desmentidos, que la personalidad de Rubén Darío presenta todos los aspectos sintomáticos del genio, porque ofrece potencia y armonía. Potencia, en la concepción; armonía, en la ejecución...

Si alguien nos niega esta afirmación, consolémonos pensando en que algún día la muerte del poeta (que Dios quiera no le llegue nunca) nos dará la razón. Porque ya sabemos que sobre las tumbas se levanta el sol de la gloria: *la gloire est le soleil des morts*, como decía Balzac. Recordemos también que en el *Journal des Goncourt*, se lee: «El genio es el talento de un hombre muerto.» Un poeta latino, el dulce Propertio, ha escrito:

... In genio stat sine morte decus.

Hoy Rubén Darío descansa de la labor realizada durante muchos años, *multos digesta per annos*. En la soledad y en el silencio, se ausculta á sí mismo. Mas no pensemos que su silencio sea estéril y su soledad infecunda. Tal vez incuba nuevas modalidades poéticas; quizá en su aislamiento se dispone á regalarnos los oídos con nuevas armonías. No nos dejemos alucinar demasiado por la frase mentirosa de

Goethe: «El hombre que se hunde en el aislamiento, pronto queda solo.» Representémonos más bien al poeta como un luchador que reposa después de haber salido mil veces victorioso en los juegos olímpicos. Pensemos en él con la imagen gráfica contenida en aquellos versos del viejo Ennio, el primer poeta latino:

*Sicut fortis equus, spatio qui saepe supremo
vicit Olimpia, nunc senio confectus quiescit...*

FIN

*Comenzóse
este estudio crítico en 12 de mayo de 1906,
é interrumpióse la dura labor
en el mes de agosto del mismo año...*

*Reanudóse
en el florido mes de abril de 1909, y finalizó el autor su tarea
en Madrid, á 2 de junio, cálido mes de las verbenas,
cuando, como todos saben, refloreceñ los enamoramientos
y se abren muchos capullos humanos y vegetales...*

*Á todos los amantes de la poesía nueva
y á los empedernidos que aún no quieren ó no saben
gustarla, para que terminen por rendirse de buen grado
á sus encantos múltiples,
de todo corazón dedica esta obra*

El Autor.

*En Roces (Asturias), á 16 de agosto de 1906.
En el bello día de la Asunción de la Virgen María,
cuando el cielo es azul como el manto de la Ma-
dre de Dios y se celebran ferias en los pueblos
castellanos, donde viven esas lindas niñas...*

Andrés González-Blanco.





